

PROA



NORAH BORGES.

REVISTA DE RENOVACION LITERARIA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.anira.com.ar



INVITACION A LA VALSE

(Poema sobre tres planos a la manera
de Nicolás Beauduin).

I

La música extremece
el cristal de las luces:
RITMO - PERFUME -
ARCÓ IRIS*Este instinto me viene
a través de las carnes
de mil generaciones.
Hablo al compás
del vals.*Yo soy el
centro del
paisajeLA ROSA
DE LOS
VIENTOS(Entre los
rumbos
de los ejos
ajenos).

II

Las parejas ondulan
suavemente el salón*Muerde la tentación.
(Hubo luz de la luna
en ancestrales danzas).*

El salón sigue el ritmo de la orquesta.

Yo voy a levantarte como un lirio.

P Todos los
A siglos
R danzan
E entre
J las car-
A nes rosas
SLa fineza
me tienta;
yo soy
como una
red de
trampa.S
A
L
V
A
J
E
SEl
fogón
beati-
ficamejillas
senos
caderas
muslos

lustrosos

Compañera:

Resbala por la curva de mi brazo:

por ella se entra al corazón.

(Jugo de las dulces
sutiles palabras).

III

Mietras
se
bailaOlvido
Vuelo
Beso*(Pelucas de otros tiempos;
mirriñaques, mitones).*

IV

Toda la carne es rosa;
todo el salón jardín.*Hay una eternidad
de diez minutos
para vivirla juntos.*

El mundo todo vuela.

Las miradas se tienden.

Compañera:

Acuéstate en el ritmo;

¿no ves qué bien se está?

Labios
ojos
Manos
gestostemblor
y
licorRITMO - PERFUME
LUZ.*Hay 1000 eternidades entre esta soledad y todo el resto...*

Febrero, 1923.

PRINERO.

ACOTACIONES

GUILLERMO DE TORRE — *Hélices* —
Madrid, 1923.La gustación verbal — esto es, el so-
lazarse el ánimo con el lenguaje y sus
trastrueques o con la sonoridad y suges-
tión de voces aisladas — no es, como
universalmente se cree, una cualidad priv-
ativa de quienes frecuentan las biblio-
otecas o profesan de doctos. Antes bien,
hay sucesos populares — la chulería ma-
drileña, el criollismo — que hincan su
arraigadura en determinadas predilec-
ciones de idioma. El encanallamiento
arrabalero que se adueña de nuestra ciu-
dad, es, a mi entender, un suceso que
con resabios de paradoja podríamos de-
nominar literario: la gente paladea lajerigonza de rufianes y de ladrones, co-
mo antaño los recreara el habla gauches-
ca. Hace unos meses, Buenos Aires dió
con el verbo *sufra* y la palabreja se des-
peñó por un millón y medio de bocas,
rijosas y felices como Góngora, al dar
con esa otra palabreja: *purpúreo*. En
ambas coyunturas, la raigambre del pla-
cer fué la misma. Placer verbal, oral,
de palabra.Claro está que no hay menos dialectos
que habladores y que los partidarios
de un agrupamiento idiomático contras-
tan con vigor cualquier otro gremio.
Por eso el libro de Torre ha de espolear
indignaciones. En el bravo discurso de
sus páginas, el poeta se manifiesta inal-terable antípoda de cuanto diccionario
conozco. En ellas hay enérgicas aspe-
rezas de metro y un apedreo pertinaz
de impávidos neologismos. Otra notoria
singularidad del volumen es el manejo
que hace Torre de la metáfora. Apaña
un increíble acopio de imágenes en la
estrechez de una frase sola y las deja
luchando juntas con esa silenciosa vehe-
mencia de las enredaderas y malezas que
inquieta una selva. Tan cuantiosa fre-
cuencia de figuras es índice de la com-
plicación de su lírica, ya que en ver-
sificaciones primitivas y populares casi no
se encuentran metáforas.Felizmente la tal complicación es rei-
dora y franca. Está hecha con alborozo,

PROA

con ímpetu, con gran fervor de mocedad. En conjunto *Hélices* me parece una bella calaverada retórica.

MACEDONIO FERNÁNDEZ — *El Recién venido* — inédito aún.

No sin alguna felicidad ha equiparado un juicio reciente el acto teologal de la creación y el arte literario que aumenta con sus realidades verbales la realidad universal. En ambos casos tratáase de un aluciamiento, pues que podemos considerar el vivir como la dolorosa fábula con que se arrebató Dios a sí mismo, pluralizado en almas. Este cotejo de la deidad y el poeta ya lo emprendió con eminente metáfora Schopenhauer, señalando que la ilusión pequeña del arte hallábase enclavada en la universal ilusión a semejanza del teatro dentro del teatro que en Hamlet vemos.

Hoy me interesan los teje manejes mediante los cuales puede trastrocarse novelescamente la vida. En la urdimbre fantástica que continuándola de Poe practican diestramente Wells y los arrabales de Wells, la cotidianería del vivir es exacta y la alucinación alcánzase introduciendo una contingencia absurda cualquiera que después — devanada con la flexible precisión de una fórmula — basta para dar en tierra con la rigidez anterior. Lo propio puede afirmarse de Swift: en sus intentonas quiméricas, por asombrosas que sean, no hay más que un solo instante de fuerte actividad imaginativa: única desviación que tuerce por un cauce maravilloso todo el decurso de la obra. Otros escritores hay que intentan levantarse a fantásticos, apilando con este fin demonios súcubos y aquelarres. De ellos cabe decir que se valen de imaginaciones ajenas y son deudores vergonzantes de los embelecadores del tiempo. Quevedo, en los episodios que dan principio a la *Hora de Todas*, parece realizar una suerte de creación continúa y sin trabas, pero a poco se advierte su trastienda de moralizador estoicismo y el libro que empezó con travesuras, fina con esplendores austeros y arremetidas al gobierno. En cuanto a Gómez de la Serna, no hace sino puntualizar la vida con insistencias de maniático. Su excelencia estriba en su estilo, no en su visión que es ahogadora, espesa y carnal...

Ensancho los anteriores ejemplos, quiero apuntar que la novela imaginativa no es más que el aprovechamiento desafortunadamente lógico de un capricho. Sólo conozco una excepción. En las digresiones de Macedonio Fernández, pareceme ver una fantasía tan interesante ejercicio: actividad que briosamente va diseñando universos, no legislados y fa-

tales como un problema de ajedrez, sino arbitrarios y burlones como la mejor partida de truco. Para justificarlo, basta ser una individualidad perfilada, impar y distinta, como tú — ¡oh, lector! — que al igual de todos, ejerces la plausible singularidad de ser alguien.

JORGE-LUIS BORGES.

SALVADOR REYES. — *El Barco Ebrio*, — Santiago de Chile, 1923.

Tomamos este libro del compañero Reyes con el agrado con que se recibe un alarde de simpatía o un franco acicate; pronto prevennos que él encierra la límpida vibración de un alma juvenil que da su entusiasmo al viento, en forma de canción peregrina.

Y no nos defrauda su lectura. Campea por todo el libro un tal entusiasmo, sabe decir tan bien las cosas este amigo Reyes, que desde el primer momento nos atrae, nos subyuga. Ah, cómo quisiéramos ir por esos mares que cruzó Reyes como brumoso viajero; cómo quisiéramos sentir en el alma la caricia de ese viento marino que acunó las canciones del poeta con el santo amor de una novia buena; cómo quisiéramos decir de la nostalgia, luego, en una notable *Evocación*:

Sr. mano iba desruda
al encuentro de todos los adioses
por la emoción doliente de las rutas...

y contar un día, en rueda de amigos que
humilló la vida;

Yo vengo de tan lejos
que el polvo de la noche
ha quedado prendido a mis cabellos.

He quemado en mi pipa
las canciones antiguas

Y estoy solo.

En otro tiempo quise
resucitar la estrella vespertina
y encender en el viento
los amores errantes.

(Hacer de esta luna amarilla
el rostro de un pierrot en agonía)

Pero soñaba tanto
que una vez, un amor
se anudó a mi garganta.

Y he llorado;

Quise atar en el viento
la canción de la vida!

Y después? Bah!... Qué nos podría
interesar lo demás? Nuestra vida ya es-
taría justificada, ante nosotros mismos
y ante Dios, porque fué un poema com-
pleto que nada pudo truncar... —
R. A. O.

LA CANCIÓN ALEGRE

a *Herminia Divito*.

Fuerte y alegre en el ala de tu risa
irás por los caminos pájaro suelto.

Los caminos se abrirán a tu paso
para darte su ofrenda de Sol
en el incendio de cada árbol.

Cuántos besos duermen en tus labios
como las horas calladas en el Tiempo
canciones que no se cantaron y se cantarán
tristes o alegres
quién sabe.

Tus manos se dan al viento en el deseo
de una caricia imposible
que no me dejas recoger

Oh, la alegría de tu risa
lámpara encendida
que ha de iluminar al mundo y a Dios mismo

Tu nombre se aquieta como un rocío
en la caricia de mi alma
que ya no sabe cómo quererte.

Quisiera encontrarte siempre
en cada camino
en cada hora
en cada huella

poema viviente que repartes alegría
con el santo fervor de un mediodía
que no ve porque alumbra demasiado

ROBERTO A. ORTELLI.

EL RECIEN VENIDO

(FRAGMENTO).

Fué tan fortísimo el golpe que no hay memoria en la localidad de que en los últimos cuarenta años se haya registrado temperatura tan elevada en la región golpeada. (Otra cosa que los más ancianos del país tampoco recuerdan es que yo haya sido visto con dinero algún día en ese mismo intervalo; pero eso lo diré más adelante, cuando otro hecho excepcional requiera el énfasis de una referencia a cosa no acaecida en cuarenta años. Estos intervalos de 40 años tan cómodos se encuentran en cualquier localidad, a menos que hayan sido recientemente atropellados por una locomotora y que todavía el ayuntamiento local no haya realizado su reconstrucción. Es muy conveniente que una vez registrado un terremoto y puestos hacia afuera sus bolsillos, se le coloque en el departamento contiguo al de intervalos de 40 años y al de las temperaturas más revisadas y registradas, y que estos tres locales estén siempre a la izquierda y a breve distancia de la Estación del tren, que es el lugar donde se elevan las tarifas, con amplia facilidad para descarrilamientos a la derecha. Un poco más allá... Todo viajero que no se haya quedado en su casa debe saber distinguir el lugar denominado un poco — más — allá, sin lo cual andaría tan extraviado como si no hubiera leído nunca — lo que no puedo creer — mi discreta obra "La Guía del Cojo en el Camino Recto de la Vida".

Soy de un temperamento tan instructivo que no puedo dejar de informaros que todos los pueblos existentes — los inexistentes son malsanos — deben tener una estatua del inventor de los lados derecho e izquierdo, y del del lado del revés y anverso, distinción esta que sólo los agujeros de los manteles no respetan. No me pregunten ahora el porqué los comisarios más abusivos siempre se abstuvieron de llevar presa a ninguna estatua, que viven en las plazas como los vagabundos, ostentando el mal ejemplo de su holgazanería absoluta. Aborrozco las estatuas: casi siempre son hombres con sobretodo griego o amplia levita de mármol. Si absurdo es siempre el traje actual del varón, esos botones y trenzillas de mármol, ese trozo gruesísimo de mármol que simula los faldones levantados por el viento, son intolerables, y todo para que un hombre esté allí asegurándonos con su mano y su boca que nosotros va a decir cosas elocuentes y no se le pue nada en todo el día. No soy yo, con este frío que hace, quien se aventurará a salir a la una de la mañana

HUMILDAD

para la Srta. de Chabrán.

Los caminos me llaman hacia ti
con voces largas y blancas.
Mi corazón se tiende como calle de mirtos
delante de tus pasos.
Pisa muy quedamente y que no sufra daño.
Yo no seré ya más
que para orar en cada urta de tus huellas
y cada cielo que te cubra será mi tabernáculo.
Calzaré las sandalias del silencio
para oír tus pasos.
Yo no seré ya más
que un arroyo siguiendo tu sendero
que derrama canciones a tu paso.

Alemania.

JACOBO SUREDA.

a escucharlos, por si acaso hablan de noche.

Si uno fuera a hacerles caso, no penetraría en ninguna plaza, pues están a la entrada con el brazo tendido hacia mi (y demás personas); dicho brazo grita: Vete, detente. No atienden recomendaciones, aunque en vida no hacían otra cosa que pedir o dar empleos. Felizmente la naturaleza los ha dotado de la incapacidad de darse vuelta, y aprovechando el momento, el gran sistema es entrar por el lado opuesto apuntándose de camino un cafecito en el boliche de los Tres Angeles y Medio, que hace tanto negocio a espaldas del grandioso personaje. Voy a cerrar aquí el paréntesis: es fácil volver a abrirlo de nuevo).

Un instante, querido lector; por ahora no escribo nada. Estoy llamado para meditar acerca de un telegrama que leo en "La Prensa" y que me asegura no haber sido destruida por la explosión la ciudad próspera y antigua de Mucha gente — Vielemenschen — sino levemente dañada y tan poco que si hubiera explosiones de gigantescos arsenales que mejoraran las casas de las ciudades, ésta sería una de ellas. Hace tres días la ciudad voló; a la tarde ya la mitad había reaparecido y con la otra mitad o dos mitades más que se encontraron intactas ayer, resulta que el ciento por ciento de las cuatro cuartas partes goza del orden restablecido y hoy tiene más mitades que antes. Los muertos por la explosión tienen de nuevo donde vivir y creo que hasta hay dos casas más: quizá una para mi y otra para el corresponsal de los telegramas. Yo no voy a viajar fuera de mi domicilio para ir a una ciudad de gran explosión postergada, cuando en este momento me avisan que está servido el desayuno. Viajar: uno está expuesto a hablar idiomas que no conoce, por no estar llamado en alemán que es casi tan difícil como hablarlo. Además recibí una notificación del Ministerio de

Policía recomendándome no ir al país para no aumentar la disminución de alimentos que abunda en toda la nación. Yo iba a contestar al Ministerio interpellante que no podía reinar el hambre en Alemania porque como república que era — según se advertía por la orientación de las calles y la costumbre de que los habitantes de las casas las ocupen por dentro, ninguna entidad puede reinar en ella.

Pero pido al lector que me ayude a no meterme en semejantes incidencias. A veces se pierde la vida en un incidente, siendo la vida útil y los incidentes inútiles. Mejor es seguir practicando la longevidad, como lo hago yo desde mi niñez, porque si bien la muerte mejora la reputación de las personas...

Más recuerdo que he suspendido el escribir hace ya mucho rato y si el lector no se me ha mandado mudar voy a explicarle lo que pasó con aquel golpe.

Recordará el lector que al empezar este libro me dí un golpe y tomé la pluma en seguida para detallar que por efecto de él — como el suelo está al alcance de todas las personas, aún para caerse, no faltará al lector ocasión de verificar la exactitud del síndrome a posteriori de un golpe. Podré decir con solemnidad; los signos premonitores o semiológicos de haberse dado un golpe, son: tumefacción en la región receptora, gran número de espectadores que antes estaban ocupadísimos a varias cuerdas de allí, tres vigilantes a pitadas alternantes... (Estos vigilantes no pueden arres-tar a un golpeado sin traer mucha gente). Pero me temo que estos paréntesis van a cansar al lector más aún que si se tratara de leer un libro consagrado como la Divina Comedia o el Paraíso Podado u otra obra bostezable como las quejumbras de Fray L. de León o del constante zozno Leopardi. Sin embargo estoy con de León hay que huirle a los voluminosos dorados y arteso-

nados y buscarse asiento alejado donde le caigan a otro, o entrar en salones donde ya se hayan caído o en que el artista haya esculpido en el piso las peligrosas cornisas. Es de horrorizarse una lectura de los resultados de la estadística sobre la instabilidad de las cornisas. El suelo nunca se os cae encima: es el mejor adorno de una casa y por eso en la antigüedad, que es aquella parte del tiempo en que todo se hacía bien, se colocaba un suelo a los edificios haciendo juego con el techo y en dirección opuesta, de manera que el que penetrara — los edificios no son impenetrables — en ellos, tenía el gusto de ignorar continuamente si había puesto los pies — el cojo Agesilao ponía un pie y una muleta, lo que se le perdonaba porque se había hecho querer — en el cielo raso o en el piso. Esto ofrecía la ventaja, nadie me lo va a creer, de... Pero se me ha olvidado esta ventaja: debo haberla leído en algo que se ha escrito y en el afán de pasarle el libro a otro no he retenido bien el párrafo. Lo que es difícil de retener es al lector: por donde andará ahora? Uno, al menos sin pretensión, necesito. Al principio lo había conseguido y no he sabido cuidarlo. Es inmodesto que sea siempre el escritor el que hable, pero yo voy a alistarle un entretenimiento y una dulce complicidad al lector. Hagamos este arreglo: cada ciento noventa páginas, una de silencio y además que el lector ponga los rótulos a los capítulos y ordene la paginación como le parezca. Que haga cualquier cosa menos ausentarse y sobre todo ausentarse para leer otro libro. En lo que precede, puedo haberme desconceptuado, pero en adelante será un escritor agradable, nada erudito ni genial y muy conocido.

MACEDONIO FERNÁNDEZ.

POEMAS

Sentir cerca de mí, temblar tus miradas.
 Recogerlas una por una y depositarlas en el arca de nuestras almas como un rosario de recuerdos callados.
 Sentir todo lo irrefrenable de estas pasiones.
 Y saber — Señor! — que habremos de separarnos un día, tú sin mí... yo sin tí... pero tú conmigo, yo contigo — siempre.
 Oh, Señor, ¿por qué siempre errar, cuando las miradas tuyas fueron tan buenas?

La tarde se ha extendido
 pidiendo
 como la mano de un mendigo.
 Contra la tarde he recostado mi alma.
 Ahora vislumbro mi alma que como una luciérnaga se aleja.
 La tarde tira de mi alma
 ¡Cómo me duele el alma a través de la tarde!

En nuestros labios
 quisieron enarbolarse como roncantes los gritos.
 Luego
 los horizontes se romperán como cuerdas
 y mi corazón vendrá a mí de nuevo.
 Mi corazón ¡tantas veces ido!

NORAH LANGE.

De "Hé'ce", libro de Guillermo de Torre, copiamos este poema, veraz equivoledencia lírica de los lienzos del cabibajao Juan Gris:

NATURALEZA EXTÁTICA

Un segmento de luna
 sobre la bandeja.
 El corazón de la granada
 es un abanico de iris.
 La guitarra, la pipa y el periódico
 disecados como loros.
 Palpando entre el mosaico
 el vidrio canta sus reflejos.
 A través de la ventana, bastidor del sol
 el viento afina sus cordajes.
 Desconsolada una guitarra,
 con las clavijas sueltas
 enmaraña su testa.

LABORATORIO

Se quema un sendero
 en crisol de neuronas
 La muerte hechiza sístole
 corrigiendo la vida
 La sed de unos ojos
 bebe un paso hacia la nada
 En la estepa febril de unas manos
 danzó un misterio desnudo
 En los labios del reloj
 el aplauso del silencio....

ROLANDO MARTEL.

Rosario de Santa Fé.

LOS NIÑOS DE AMBAR

Ha cubierto todo el parque
 la ceniza de la tarde.
 Por el césped moribundo
 avanzan
 los enfermos niños de ámbar.
 Un pandero rojo
 tañen
 sus manecillas de plata.
 Se detienen.
 Están solos.
 Una flauta los envuelve
 en lenta
 grave danza.
 Luego
 en un racimo
 los infantes ambarinos
 cantan.

ALBERTO ROJAS GIMÉNEZ.
 Valparaíso.



Grabado por Susana Hudson.

VERSOS CONFESIONALES

Voz de un dolor se alzó del camino y visitó la noche;
 Trance gimiente por una boca hablaba.
 Eran las sombras por doquier, mis manos
 Cual apartándolas precedían mis pasos
 Heridos de la impaciencia y el tropiezo
 Buscando aquel pedido de persona dolida.
 Grito que ensombreció la sombra.
 Volvió a enfriar el pulsar de mi vida,
 Y tropezando con el alma y el paso
 No de mi pena, sino de agena pena,
 Creí afligirme, cuando hallé sangrando
 Mi propio corazón, por mí clamando,
 Que desterrado de mi pecho había.
 Porque sólo al recuerdo su latido daba
 Y solo en el recuerdo mi dolor estaba
 Y así desde el camino me llamaba,
 Y apenas cerca me sintió, acogióse
 A mi pecho triunfante como enojado dueño,
 Y al instante se dió a clavarme aquel latido:
 El latir de su lloro del dolor del recuerdo.

Y hoy desterrarlo de nuevo ya no quiero,
 Que ese dolor es el dolor que quiero.
 Ese dolor que es Ella,
 Y soy tan solo ese dolor, soy Ella,
 Soy Su ausencia, soy lo que está sólo de Ella;
 Mi corazón mejor que yo lo ordena.

SANTIAGO JUÁREZ.

† FRANCISCO PIÑERO

De golpe, con la injuriosa precisión de una afrenta, ha desalzado nuestro fervor el fallecimiento de Francisco Piñero, excelente poeta, mayor amigo y máximo alentador de aventuras intelectuales. Era el suyo un espíritu amartelado y audaz que se ocultaba en lentitudes criollas como en la mano lacia se oculta la fortaleza del puño. Para quienes tuvimos su confianza, significa su muerte una mutilación lastimosa de nuestra propia vida. Su alma fué desvelada, fiel, varonil. Ese intenso sentir que advertimos todos en ella es promesa generosa de su inmortalidad, pues si lo desvaído y parcia! maga cesación, no acontece lo propio como lo señalado y vehemente.

Fenecido a los veintidós años, Piñero deja una breve y honda obra crítica *La Estética de los Diferentes* y recorriendo por siempre nuestra memoria una marcha de versos altaneros, definitivos como estatuas.

J. L. B.

RESPONSO LÍRICO

a Francisco M. Piñero.
 † 30 Mayo 1923

Te has ido en flor
 como un sol

sin la angustia del ocaso

Alguien cortó la amarra de tu barca
 soñámbula de lejanías
 y en el mar silencio de lo imposible

Hermano:

era tu corazón en la vendimia
 del dolor
 como una fruta viva del dulzor
 y entre las manos unidas de la angustia
 gimió en horas tan largas
 como aullidos de lobos
 horas que se adhirieron a tu alma
 como harapos que tiemblan en invierno
 en las manos del viento
 frente a la maldición de las puertas ce-

[rradas

Náufragas en el cielo tus miradas
 Yba el dolor borrando los senderos
 y se quedó el amor entre tus manos
 como un frágil manajo de recuerdos
 lejanos.

Pero tú enarbolaste un mediodía eterno
 en las lanzas de los rayos del sol
 como una gloria de banderas abrias
 que incendiara la paz de los caminos
 y tú hiciste sonar el caracol
 de armonías ignotas
 los árboles dijeron tu alegría
 a las estrellas remotas
 tus poemas alborotados de pájaros
 en la viacrucis doliente
 abofetearon al destino
 y amordazaron a la muerte.

Hermano:

que sea tu sudario
 suave como las manos imposibles
 para tu cuerpo virgen de caricias
 como una estrella

solitario

en la faz del retiro
 que sea para ti toda la muerte
 leve como un suspiro.

E. GONZÁLEZ LANUZA.



Grabado por Dorak Bergea.